

## El desorden en los barrios: ¿conduce al delito?\*

Robert J. Sampson  
Stephen W. Raudenbush

1. Repensando el desorden.
2. ¿Qué hay detrás del delito y del desorden?
3. Midiendo el desorden.
4. Obteniendo información sobre los barrios.
5. ¿Cómo se explica el desorden?
6. La revisión de las ventanas rotas.
7. Implicaciones para el control del delito.
8. Los orígenes del estudio: Proyecto sobre Desarrollo Humano en los Vecindarios de Chicago.
9. Los temas de estudio.
10. Las publicaciones del National Institute of Justice sobre el proyecto.
11. Delito, desorden y seguridad pública: publicaciones seleccionadas del National Institute of Justice.

De acuerdo con una conocida tesis, el desorden social y físico en los barrios, si no se controla, puede conducir a delitos más graves. El razonamiento es que incluso incivismos menores, como beber en la calle, las pintadas de grafiti y la rotura de ventanas, pueden escalar a delincuencia más grave porque los futuros delincuentes asumen, con base en estas señales de desorden, que los residentes de esta área son indiferentes a lo que sucede en ella.<sup>1</sup>

---

\* Traducción de Elena Larrauri Pijoan del original "Disorder in Urban Neighbourhoods- Does it lead to crime?", publicado en *National Institute of Justice. Research in Brief*, febrero de 2001, p. 1-6.

1. Esta tesis fue elaborada inicialmente por James Q. WILSON y George KELLING en "The Police and Neighborhood Safety: Broken Windows", *Atlantic Monthly*, 249 (3) (marzo de 1982): 29-36, 38.

Esta tesis de las “ventanas rotas” ha tenido una gran influencia en las políticas de control del delito, con la ciudad de Nueva York como el mejor ejemplo del uso de tácticas policiales agresivas para frenar el desorden. Muchas otras ciudades han adoptado tácticas de “tolerancia cero” similares, persiguiendo incluso las infracciones más leves.

Es indudable que entender el desorden físico y social en los espacios públicos es esencial para comprender los vecindarios urbanos. Es evidente que los síntomas del declive emiten mensajes, de forma silenciosa pero patente, acerca de los barrios afectados. El desorden desencadena atribuciones y predicciones en la mente de los que viven dentro o fuera, cambiando el cálculo de futuros compradores, agentes inmobiliarios, agentes de seguros e inversores. La extensión del desorden refleja la capacidad de los residentes de mejorar sus vecindarios y puede a la vez afectar a su voluntad de mantener este compromiso.

Ciertamente, el desorden está relacionado con el delito. La metáfora de las ventanas rotas es apta en la medida en que afirma que los síntomas físicos del declive emiten una señal acerca de la reticencia de los residentes a hacer frente a extraños, intervenir si un delito se está produciendo o exigir que la policía intervenga. De hecho, el desorden puede ser de más utilidad que el delito para entender determinados fenómenos urbanos preocupantes, como el abandono de los centros urbanos. Ello se debe a que el desorden puede verse, en tanto que el delito en su mayor parte es invisible. No obstante, la afirmación de que el desorden es una causa esencial en el camino hacia la delincuencia grave aún está siendo discutida. Aquí explicamos los resultados de una investigación que analiza la hipótesis de que el desorden suministra pistas que atraen a los delincuentes potenciales.

## 1. Repensando el desorden

Esta investigación fue parte de un Proyecto en Desarrollos Humanos de los Barrios de Chicago, un estudio a largo plazo de los antecedentes de comportamiento delictivo y antisocial realizado a un numeroso grupo de personas que vivían en barrios de Chicago (Para una descripción véase: “Los orígenes del estudio: Proyecto en desarrollos humanos en los vecindarios de Chicago”). El objetivo fundamental de esta fase de la investigación era repensar las consecuencias del desorden y examinar sus fuentes.

La investigación permitió una interpretación alternativa del vínculo entre desorden y delito, una que concibe muchos elementos del desor-

den como parte del propio delito. Las actividades normalmente consideradas desorden social, como la prostitución y el holgazanear en la calle, y actos incívicos como pintadas de grafiti, son evidencia de actividades delictivas o de infracciones de alguna ordenanza. Las fuerzas que producen estos delitos leves pueden ser las mismas que producen los delitos más graves, con la única diferencia del nivel de gravedad. Visto de esta forma, el desorden y el delito son manifestaciones del mismo fenómeno.

## 2. ¿Qué hay detrás del delito y del desorden?

El estudio sugiere que ambos, el delito y el desorden, surgen de características estructurales específicas a determinados barrios, especialmente la concentración de la pobreza y la ausencia de recursos sociales asociada a esta. La concentración de la desventaja se refiere no sólo a ingresos bajos, sino también a un nivel alto de desempleo, un porcentaje elevado de dependencia financiera de una parte de la población en la otra y una ausencia de potencial para la inversión.<sup>2</sup>

Las constricciones estructurales no son necesaria o exclusivamente económicas. La estabilidad de la residencia, típicamente medida por los niveles de casas en propiedad y la movilidad, se considera desde hace tiempo un elemento clave de la organización social urbana robusta,<sup>3</sup> y su ausencia conlleva menos oportunidades para que los residentes se impliquen en el vecindario. Otras constricciones sociales, entre ellas una desmesurada densidad de la población (que puede desbordar los servicios públicos) y un uso mixto del terreno, se consideran también obstáculos en la prevención de las incivildades.

Al tiempo que estas constricciones sociales pueden promover el delito y el desorden, existen fuerzas que lo inhiben. Se asume que los habitantes del vecindario quieren vivir en ambientes seguros, sin delincuen-

---

2. WILSON, William Julius. *The Truly Disadvantaged: The Inner City, the Underclass, and Public Policy*. Chicago: University of Chicago Press, 1987; LAND, Kenneth; McCALL, Patricia; COHEN, Lawrence. "Structural Covariates of Homicide Rates: Are there any Invariances across Time and Space?", *American Journal of Sociology*, 95 (1990): 922-963; y HAGAN, John; PETERSON, Ruth (eds.). *Crime and Inequality*, Stanford, CA: Stanford University Press, 1995.

3. Kasarda, John; JANOWITZ, Morris. "Community Attachment in Mass Society", *American Sociological Review*, 39 (1974): 328-339.

cia ni desorden, y que comparten estándares comunes que están en la base de cualquier esfuerzo colectivo para conseguir el orden social y la seguridad. Estos esfuerzos se inician o se realizan de forma informal a través de medios relativamente no coercitivos, y son expresión de la capacidad auto-reguladora de la unidad social. Por ello, los residentes de los vecindarios quizás usen estos medios –mecanismos de control social informal– para intervenir en la prevención del absentismo escolar, la bebida en público, el vandalismo o cualquier otra manifestación del desorden.

El grado de control social informal no es el mismo en todos los barrios. Donde las reglas de los comportamientos no están claras o la gente no se fía unos de otros, quizás no actúen en contra del desorden y el delito. Donde hay cohesión y confianza mutua entre vecinos, la probabilidad de que quieran intervenir en aras del bien común es mayor. Este vínculo entre cohesión y confianza, junto con las expectativas compartidas de una intervención en apoyo del control social en el barrio, ha sido denominado “eficacia colectiva”, un proceso social clave, que en esta investigación hemos considerado como inhibidor tanto del delito como del desorden.<sup>4</sup>

Estas dos fuerzas –las características estructurales de los vecindarios y las intervenciones humanas– están interrelacionadas y actúan conjunta y recíprocamente para afectar el desorden y el delito. La concentración de desventaja social y la inestabilidad residencial socavan la eficacia colectiva y a su vez fomentan un aumento del delito y, por implicación, del desorden público. Si la tesis de las ventanas rotas es correcta y el desorden causa el delito directamente, entonces el desorden debería mediar los efectos de las características estructurales del vecindario y de la eficacia colectiva en el delito. Si, por el contrario, el desorden es una manifestación de las mismas fuerzas que producen el delito, entonces la eficacia colectiva y las características estructurales deberían explicar la relación entre desorden y delito. En otras palabras, la relación desorden-delito sería espuria.

---

4. SAMPSON, Robert J.; RAUDENBUSH, Stephen; EARLS, Felton J. “Neighborhoods and Violent Crime: A Multilevel Study of Collective Efficacy”, *Science*, 277 (1997): 918-924. Este artículo se resumió como “Neighborhood Collective Efficacy - Does It Help reduce Violence?”, *Research Preview*, Washington DC: US, Department of Justice, National Institute of Justice, abril 1 de 1998, FS 000203.

### 3. Midiendo el desorden

El método para medir el desorden fue distinto del usado en la mayoría de los estudios que vinculan signos de desorden con miedo al delito o victimización. Estos estudios se basan en encuestas a residentes y revelan las percepciones subjetivas, por lo que generalmente encuentran que percepciones del desorden están asociadas con el miedo al delito. El estudio que aquí explicamos investigó los síntomas del desorden independientemente de las percepciones de los residentes –la cantidad de desorden en los barrios fue medida mediante la observación directa de lo que estaba sucediendo en las calles durante el día. Este método de observación es coherente con el mecanismo de control social informal que también se centra en lo que es visible en los espacios públicos.

En este tipo de medición, denominada “observación social sistemática” (OSS), los medios de observación son independientes de lo que se observa. El método es sistemático en el sentido de que la observación y su registro se realizan de forma tal que los resultados pueden replicarse. Lo que se observa son “fenómenos sociales naturales” –los sucesos y sus consecuencias contemplados más o menos como éstos ocurren.<sup>5</sup>

Para medir el desorden, unos observadores instruidos grabaron lo que sucedía en las fachadas de las manzanas<sup>6</sup> de más de 23.000 calles de 196 barrios distintos en lo referente a su composición de raza/etnicidad y clase social. A medida que los observadores conducían y grababan producían un material visual permanente accesible en cualquier momento. También registraron las observaciones que hicieron en cada manzana. Como síntomas de desorden físico se contaban ítems como basura en las calles, grafiti, coches abandonados, agujas y jeringuillas. Como síntomas de desorden social se registraban actividades como gente sin hacer nada en la calle, consumo público de alcohol, intoxicación etílica pública, presunta venta de drogas y presencia de grupos de jóvenes con signos de ser miembros de bandas.

---

5. Véase REISS, Albert J. “Systematic Observations of Natural Social Phenomena”, *Sociological Methodology*, vol. 3, Herbert Costner (ed.), San Francisco: Jossey-Bass, 1971: 3-33.

6. La fachada de la manzana es el segmento que da sólo a un lado de la calle. Por ello los edificios enfrente del bloque en el otro lado de la calle cuentan, a efectos de la investigación, como dos unidades.

#### 4. Obteniendo información sobre los barrios

Para averiguar algo acerca de la eficacia colectiva de los barrios se entrevistó a 3.800 residentes. En las entrevistas se recogió información de cuánto control social informal se ejercía para contener el delito y el desorden y cuánta cohesión creían que existía en sus vecindarios. Por ejemplo, se preguntó a las personas entrevistadas acerca de la posibilidad de que la gente hiciese algo si veía comportarse mal a los niños en público, y qué disponibilidad había de que los vecinos se ayudasen unos a otros. La información acerca de la cohesión social y el control social informal se combinó para producir una medida de eficacia colectiva.

Se usaron cinco medidas de delito. Se preguntó a los residentes del barrio si ellos o un miembro de su casa habían sido víctima de un delito violento, de un allanamiento de morada o de un hurto (también se les preguntó de forma separada cómo valoraban diversos incivismos, por ejemplo beber en público). Se examinaron los registros de la policía para detectar tres tipos de delito –homicidio, robo y allanamiento de morada–, así como las características estructurales del barrio que se consideran claves para explicar el desorden y el delito: se examinó el grado de pobreza, la concentración de inmigrantes y la estabilidad residencial.<sup>7</sup>

La capacidad de los residentes para actuar como “guardianes” del barrio por medio del control social informal también puede verse afectada por la densidad de la población y el tipo de uso. De forma presumible, cuanto más gente haya por espacio, mayor será el anonimato y mayor la dificultad para identificar a los transgresores. De modo similar, la densidad del uso comercial que se produce en los barrios de uso mixto (en los que la actividad residencial y comercial se combinan) acostumbra a estar relacionada con el delito y el desorden y puede inhibir la interacción social y la vigilancia. El estudio tomó en consideración estos dos factores debido a que afectan a la oportunidad de cometer delitos.

#### 5. ¿Cómo se explica el desorden?

El análisis reveló que las características estructurales de los barrios son decisivas en la producción de niveles de desorden. En los barrios de

---

7. Para más detalles en la forma en qué se definió y contabilizó la eficacia colectiva véase SAMPSON; RAUDENBUSH; EARLS. “Neighborhoods and Violent Crime”.

Chicago que se estudiaron, la pobreza resultó ser el factor singular más relevante para explicar el desorden. Éste tiende a ser alto no sólo donde los niveles de pobreza son altos, sino también donde se concentran poblaciones de inmigrantes. E, independientemente de características sociodemográficas, los barrios de uso mixto tienden a tener un nivel de desorden físico y social superior.

En los barrios donde la eficacia colectiva era fuerte, los niveles de desorden físico y social eran correspondientemente bajos. Este hecho es coherente con la idea de que la eficacia colectiva tiende a inhibir el desorden. Este resultado también se reprodujo después de controlar por las características sociodemográficas, el tipo de uso y las percepciones de los vecinos acerca de la cantidad de delito y desorden.

## 6. La revisión de las ventanas rotas

En general, los resultados no apoyaron la tesis de que el desorden causa directamente el delito. Primero, a pesar de que es cierto que donde se producía un alto nivel de violencia percibida los niveles de desorden detectados por la observación social sistemática tendían a ser altos, la relación no era fuerte. Segundo –y más importante–, está el hecho, explicado anteriormente, de que el nivel de desorden variaba intensamente de acuerdo a las características estructurales del barrio, la pobreza entre ellas. Una vez se tomaron en consideración estas características y el nivel de eficacia colectiva, la conexión entre desorden y delito se desvanecía en la mayoría de los casos. El homicidio, sin duda uno de los mejores indicadores de violencia, estaba entre aquellos delitos en los que no existía ninguna relación directa con el desorden.

La implicación es que el desorden y el delito tienen raíces parecidas: las fuerzas que generan desorden también generan delito. Son las características estructurales de los vecindarios, así como la cohesión del barrio y el control social informal –y no el desorden– lo que afecta el delito. Donde la eficacia colectiva era fuerte, los índices de violencia eran bajos, independientemente de la composición sociodemográfica y el desorden percibido. Los niveles de homicidio y allanamiento de morada se ven afectados por el nivel de pobreza y la fortaleza de la eficacia colectiva. La concentración de inmigrantes también afecta el delito: los niveles de victimización (registrados en la encuesta) tienden a ser superiores en barrios en los que se concentra la inmigración. Y aún más, el desorden no actuaba

como mediador entre las características estructurales del barrio y el delito grave.

La excepción fundamental fue el vínculo entre desorden y robo. De las cinco medidas de delito –las encuestas en que los vecinos señalaban haber sido víctimas de delito violento y allanamiento de morada o hurto y las estadísticas policiales de robo, allanamiento de morada y homicidio– sólo se encontró una asociación directa entre el desorden y el delito de robo. Evidentemente, las personas que cometen robos son sensibles a las señales de desorden físico y social de un barrio. Estas señales quizás les animan a actuar y esto a su vez socava la eficacia colectiva, produciéndose un ciclo de más desorden y en última instancia más robos.

## 7. Implicaciones para el control del delito

A pesar de que una tesis básica de la teoría de las ventanas rotas no se demostró en la investigación, ello *no* implica que el desorden sea irrelevante a efectos de entender el delito. Las señales de desorden físico y social son indicios muy visibles a los que los residentes responden, e influyen potencialmente sobre la migración, la inversión y la viabilidad global de un barrio.

De forma especial, el desorden puede producir un efecto cascada, motivando a las personas a trasladarse fuera del barrio y aumentando con ello la inestabilidad residencial. Y dado que la gente se traslada sólo si tiene los medios para hacerlo, este fenómeno aumentaría la concentración de la pobreza entre los que se quedan. Con el transcurso del tiempo, debido a que la inestabilidad residencial y la concentración de la pobreza se asocian a una eficacia colectiva baja y un alto porcentaje de desorden y delito, este proceso conduciría a más delito y más desorden.

Aún más relevante resulta que nuestros datos sugieren de forma convincente que las políticas destinadas a reducir el delito mediante la erradicación del desorden sólo a través de tácticas policiales agresivas están mal encaminadas. (Para una lista de las recientes publicaciones del National Institute of Justice sobre estrategias policiales frente al desorden y temas similares, véase “Delito, desorden y seguridad pública: publicaciones seleccionadas”.)\*

---

\* Nota de la traductora: véase al final del texto en página 259.



Acabar con el desorden *puede* de forma indirecta reducir el delito, al conseguir estabilizar los barrios. Esto es lo que conlleva el resultado de que no hay un vínculo directo entre el desorden y la mayor parte de delitos graves. Cuando se considera la eficacia colectiva y las características estructurales de los barrios, los vecindarios con altos niveles de desorden no tenían mayores índices de delitos que aquellos con un menor nivel de desorden. El nivel de desorden visible en la calle no se traduce necesariamente en un alto nivel de violencia; por ello, finalmente puede que el desorden público no sea tan “criminógeno” en determinados barrios o contextos sociales. Los elementos fundamentales que explican el delito parecen ser, más que el desorden, las desventajas estructurales y los bajos niveles de eficacia colectiva.

Atacar el desorden público como un medio para reducir el delito deja indemnes los orígenes comunes de ambos, pero especialmente del último. Quizás sería más efectiva una política que se concentrara en cómo los esfuerzos que los vecinos realizan para prevenir el desorden pueden producir mayores índices de eficacia colectiva, que a la larga consiguen disminuir el número de delitos. Por ejemplo, movilizar a un barrio para mantenerlo limpio conseguiría reducir el desorden físico al tiempo que promover la eficacia colectiva al fortalecer los vínculos sociales y aumentar la percepción del compromiso de los vecinos con su barrio. Esta movilización quizás podría mostrar también a los participantes y a los observadores que se puede confiar en los residentes a la hora de mantener el orden público. Por el contrario, una política basada en enfrentarse policialmente al desorden produciría probablemente una respuesta muy distinta entre los residentes.

## **8. Los orígenes del estudio: Proyecto sobre Desarrollo Humano en los Vecindarios de Chicago**

El proyecto sobre desarrollo humano en los vecindarios de Chicago es un estudio a largo plazo de la forma en que las comunidades influyen en el desarrollo social de las personas. Al estudiar el delito en un contexto comunitario, el proyecto examina no sólo las actividades de las personas y su comunidad, sino también las actividades de las personas *en* su barrio. Investigadores de diversas disciplinas se encargan de llevar a término este estudio y el National Institute of Justice ha publicado diversos estudios con los resultados.

## 9. Los temas de estudio

Se examinan las estructuras sociales, económicas, organizativas, políticas y culturales de los barrios de Chicago y los cambios que se van sucediendo. El otro elemento del estudio es la evaluación a largo plazo de las características personales y las circunstancias cambiantes de niños, adolescentes y sus cuidadores. Se ha recogido información de 9.000 residentes de 343 vecindarios de Chicago, más de 2.800 líderes comunitarios y una muestra de 6.000 niños (que van desde recién nacidos hasta los 18 años). El estudio intenta averiguar los procesos que se producen a nivel individual, familiar y comunitario que determinan que algunas comunidades sean seguras y respetuosas con el Derecho y otras peligrosas.

El Instituto Nacional de Justicia (NIJ) está llevando a cabo este estudio en colaboración con la Harvard School of Public Health. El proyecto está también subvencionado por la Fundación Catherine MacArthur; el National Institute of Mental Health; la Dirección General de Niños, Jóvenes y Familias del US Department of Health and Human Services; y el US Department of Education.

El equipo investigador está formado entre otros por Felton J. Earls, investigador principal y director del proyecto, Harvard Medical School; Stephen L. Buka, codirector de la investigación, Harvard School of Public Health; Robert J. Sampson, director científico de diseño comunitario, Universidad de Chicago; Stephen Raudenbush, director científico de análisis, Universidad de Michigan; Jeanne Brooks-Gunn, directora científica de diseño longitudinal, Universidad de Columbia, Teachers College; Maya Carlson, analista político, Harvard Medical School; y Daniel Kindlon, investigador asociado, Harvard Medical School.

## 10. Las publicaciones del National Institute of Justice sobre el proyecto

Hasta la actualidad los investigadores han recopilado una cantidad de información que muestra las diversas formas en las que un ambiente social configura y determina el comportamiento, a la par que identifica los caminos que conducen o alejan al individuo de una serie de comportamientos antisociales. Este conocimiento debería ser de utilidad para que las personas que trabajan en la práctica y los políticos planifiquen de forma efectiva estrategias de prevención, tratamiento, rehabilitación y

sanciones. Entre las publicaciones del National Institute of Justice acerca de los resultados del proyecto están las siguientes:

OBEIDALLAH, Dawn A.; EARLS, Felton J. *Adolescent Girls: The Role of Depression in the Development of Delinquency*. (Research Preview, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, julio de 1999, NCJ FS 000244).

SAMPSON, Robert J.; BARTUSCH, D.J. *Attitudes Toward Crime, Police, and the Law: Individual and Neighborhood Differences*. (Research Preview, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, junio de 1999, FS 000240).

EARLS, Felton J. *Linking Community Factors and Individual Development*. (Research Preview, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, septiembre de 1998, FS 000230).

SAMPSON, Robert J.; RAUDENBUS, Stephen W.; EARLS, Felton J. *Neighborhood Collective Efficacy - Does It Help Reduce Violence?* (Research Preview, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, abril de 1998, FS 000203).

EARLS, Felton J.; VISHER, Christy. *Project on Human Development in Chicago Neighborhoods: A Research Update*. (Research in Brief, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, febrero de 1997, NCJ 163603).

## 11. Delito, desorden y seguridad pública: publicaciones seleccionadas del National Institute of Justice

KELLING, George L. *"Broken Windows" and Police Discretion*. (Research Report, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, octubre de 1999, NCJ 178259).

KELLING, George L. "Crime Control, the Police, and Culture Wars: Broken Windows and Cultural Pluralism", en *Perspectives on Crime and Justice: 1997-1998 Lecture Series*. (Research Forum, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, noviembre de 1998, NCJ 172851): 1-28.

TAYLOR, Ralph B. *Crime, Grime, Fear, and Decline: A Longitudinal Look*. (Research in Brief, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, julio de 1999, NCJ 177603).

TAYLOR, Ralph B. "The Incivilities Thesis: Theory, Measurement, and Policy", en *Measuring What Matters: Proceedings From the Police Research Institute Meetings*, ed. Robert H. Langworthy (Research Report, Washington

DC: US Department of Justice, National Institute of Justice y Office of Community Oriented Policing Services, julio de 1999, NCJ 170610): 65-88.

SKOGAN, Wesley G. "Measuring What Matters: Crime, Disorder, and Fear", en *Measuring What Matters*, ed. Langworthy: 37-53.

KELLING, George. "Measuring What Matters: A New Way of Thinking About Crime and Public Order", en *Measuring What Matters*, ed. Langworthy: 27-35.

SKOGAN, Wesley G. *et al. Public Involvement: Community Policing in Chicago*. (Research Report, Washington DC: US Department of Justice, National Institute of Justice, septiembre 2000, NCJ 179557).